P. Raniero Cantalamessa, ofmcap

DEJA QUE TU AMOR SEA ACTIVO Y VERDADERO

XIX Asamblea General de Caritas Internationalis
Roma, Domus Mariae, 23 de mayo de 2011

Al comenzar mi reflexión, debo poner en claro un aspecto. Toda religión o filosofía religiosa comienza diciendo a las personas lo que deben hacer para salvarse, bien con renuncia ascética o especulación intelectual. El cristianismo no comienza diciendo lo que las personas deben hacer, sino lo que Dios hizo por ellos. La ofrenda viene antes que el deber.

Este principio se aplica, ante todo, a la esfera de la caridad. Amarás a Dios con todas tus fuerzas y a tu prójimo como a ti mismo es, sin lugar dudas, el primer mandamiento y el más importante, pero no es el primer mandato de los mandamientos, antes viene el de la ofrenda: "Nosotros amemos, porque él nos amó primero" (1 Juan 4:19). El cristianismo es la religión de la gracia.

La expresión "por amor de Dios" tiene dos significados diferentes: en uno Dios es el objeto y en el otro Dios es el sujeto; uno indica nuestro amor por Dios y el otro indica el amor de Dios por nosotros. La persona humana es más propensa a ser activa que pasiva, a ser acreedora que deudora. Las personas han preferido siempre el primer significado, lo que nosotros hacemos por Dios. Hasta la predicación cristiana ha seguido esta línea, al hablar casi exclusivamente, en determinados momentos, del "deber" de amar a Dios ("De diligendo Deo").

Sin embargo, la revelación bíblica da preferencia al segundo significado: al amor "de" Dios, no al amor "a" Dios. Aristóteles afirma que Dios mueve el mundo "en la medida en que es amado", esto es, en la medida en que es objeto de amor y la causa final de todas las criaturas[1]. Pero la Biblia dice exactamente lo contrario, esto es, que Dios crea y mueve el mundo tanto como ama el mundo. Por consiguiente, cuando se habla del amor de Dios, lo más importante no es que el hombre ama a Dios, sino que Dios ama al hombre y lo ama "primero": "En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó" (1 Juan 4:10).

I. UNA AMOR ACTIVO: LA IMPORTANCIA SOCIAL DEL EVANGELIO

Una vez aclarado este principio fundamental de la caridad cristiana, podemos pasar a reflexionar sobre el *deber* de amar y, en especial, de amar a nuestro prójimo, que es el interés principal de esta Asamblea. El vínculo entre los dos objetos de amor está claramente definido en las Escrituras: "Si Dios nos amó de esta manea, también nosotros debemos amarnos unos a otros". (1 Juan 4:11)

[1] Aristóteles, *Metafísica*, XII, 7, 1072b.

Lo que me propongo hacer con esta meditación es reflexionar sobre la calidad que este amor debe tener. Fundamentalmente tiene una doble dimensión: el amor debe ser activo y verdadero, debemos amar a las personas, por así decirlo, con nuestras manos y con nuestro corazón. Comencemos con el ejercicio de la caridad.

La caridad cristiana tradicional

Conocemos las palabras de la primera epístola de Juan: "Si alguno que posee bienes de la tierra, ve a su hermano padecer necesidad y le cierra su corazón, ¿cómo puede permanecer en él el amor de Dios? Hijos míos, no amemos de palabra ni de boca, sino con obras y según la verdad" (1 Jn 3, 17-18). Encontramos la misma enseñanza, de una manera más gráfica, en la epístola de Santiago: "y alguno de vosotros les dice: «Idos en paz, calentaos y hartaos», pero no les dais lo necesario para el cuerpo, ¿de qué sirve?" (St 2,16).

En Jerusalén, en la comunidad primitiva, este deber se transforma en repartición. De los primeros cristianos se dijo que "vendían sus posesiones y sus bienes y repartían el precio entre todos, según la necesidad de cada uno" (Hch 2,45), pero lo que les movía a hacerlo no era un ideal de pobreza, sino de caridad; no se trataba de que todos fueran pobres, sino de que no hubiera "entre ellos ningún necesitado" (Hch 4, 34).

Sobre este asunto, la Iglesia apostólica simplemente recoge la doctrina y los ejemplos del Señor, cuya compasión por el pobre, el enfermo y el hambriento, nunca fue un sentimiento vacío, sino que siempre se tradujo en ayuda concreta. De hecho, Cristo hizo de estos gestos concretos de caridad la base para el Juicio Final (cf. Mt 25).

Los historiadores de la Iglesia ven en este espíritu de solidaridad fraterna uno de los principales factores que explican "la misión y expansión del cristianismos en los tres primeros siglos"[2]. Este espíritu se materializó en iniciativas – y, después, en instituciones –concebidas especialmente para cuidar del enfermo, auxiliar a las viudas y los huérfanos, ayudar a los prisioneros, organizar comedores comunitarios para los pobres, acoger a los forasteros… De este aspecto de la caridad cristiana, históricamente y hoy, se ocupa la segunda parte de la encíclica "Deus caritas es" del Papa Benedicto XVI y, de una manera permanente, el Consejo Pontificio "Cor Unum".

La emergencia del problema social

La era moderna, especialmente el siglo XIX, marcó un momento decisivo, al colocar los problemas sociales en el centro de la atención. No bastaba atender las necesidades de los pobres y oprimidos caso por caso; se debían tomar medidas que influyeran en las estructuras que creaban la pobreza y la opresión. Que se tratara de un nuevo territorio, se podía deducir del título y palabras iniciales de la encíclica del Papa León XIII "Rerum novarum", del 15 de mayo de 1891, que marcó la entrada de la Iglesia en el debate como un exponente principal. Vale la pena releer el párrafo inicial:

> "Despertado el prurito revolucionario que desde hace ya tiempo agita a los pueblos, era de esperar que el afán de cambiarlo todo llegara un día a derramarse desde el

[2] A. von Harnack, *Mission und Ausbreitung des Christentums in den ersten drei Jahrhunderten*, Leipzig 1902.

> campo de la política al terreno, con él colindante, de la economía. En efecto, los adelantos de la industria y de las artes, que caminan por nuevos derroteros; el cambio operado en las relaciones mutuas entre patronos y obreros; la acumulación de las riquezas en manos de unos pocos y la pobreza de la inmensa mayoría; la mayor confianza de los obreros en sí mismos y la más estrecha cohesión entre ellos, juntamente con la relajación de la moral, han determinado el planteamiento de la contienda".

La misma categoría de problemas constituyen el marco para la segunda encíclica del Santo Padre Benedicto XVI sobre la caridad: "Caritas in veritate". No soy competente en este tema, por lo que es justo que me abstenga de emitir un juicio de fondo sobre el contenido de esta y otras encíclicas que ustedes conocen mejor que yo. Lo que quiero es ilustrar los antecedentes históricos y teológicos, el "Sitz im Leben" como se denomina, de esta nueva forma de magisterio eclesiástico, en otras palabras, ver de qué manera y por cuáles motivos se comenzaron a escribir encíclicas sociales y por qué periódicamente se escriben otras nuevas. De hecho, esto nos puede ayudar a descubrir algo nuevo sobre el Evangelio y sobre el amor cristiano.

Cuando León XIII escribió su encíclica social, había tres corrientes predominantes de pensamiento sobre el significado social del Evangelio. La primera de ellas era la interpretación socialista y marxista. Marx no prestó atención al cristianismo desde este punto de vista, pero algunos de sus sucesores inmediatos (Engels desde un punto de vista todavía ideológico, y Karl Kaustky desde un punto de vista histórico) se ocuparon de la cuestión en el contexto de la búsqueda de los "precursores del socialismo moderno".

Las conclusiones a que llegaron fueron las siguientes: el Evangelio, en general, contenía un gran mensaje social para los pobres, mientras que el resto tenía una importancia secundaria: una mera "superestructura". Jesús fue un gran reformador social que quería rescatar a las clases bajas de su desdichada condición. Su programa ofrecía igualdad para todos y una vida libre de necesidades económicas. El sistema de la comunidad primitiva cristiana era un tipo de comunismo *ante litteram*, pero poco desarrollado y no científico: una especie de comunismo de los consumidores, en lugar del comunismo de la cadena de producción.

Posteriormente, los estudiosos de la historiografía de la época soviética, rechazaron esta interpretación porque, en opinión de ellos, concedía demasiado al cristianismo. En la década de 1960 reapareció la interpretación revolucionaria, esta vez bajo forma política, con la tesis de Jesús como el jefe de un movimiento "fanático" de liberación, pero no duró mucho y el tema está fuera del alcance de este examen.

Nietzsche había llegado a una conclusión similar a la del marxismo, pero su intención era muy diferente. Opinaba, también, que el cristianismo había nacido como un movimiento de liberación de las clases bajas, pero este hecho debía juzgarse como algo completamente negativo. El Evangelio encarnaba el "resentimiento" de las formas débiles contra las fuertes de la naturaleza; era la "inversión de todos los valores", que cortaba las alas a la aspiración de la humanidad a la grandeza. El objetivo de Jesús era contrarrestar la miseria terrenal mediante la difusión del "Reino de los cielos".

A estas dos escuelas – que estaban de acuerdo sobre la realidad que veían pero que diferían sobre cómo debían juzgarla – se puede añadir un tercera, que podemos llamar conservadora. Según esta visión, Jesús no tenía ningún interés por los problemas sociales y económicos; atribuirle estas preocupaciones equivaldría a disminuirlo y a hacer de él una figura mundana. Utilizó imágenes sacadas del mundo del trabajo y se tomó en serio los sufrimientos de los pobres, pero nunca previó la mejora de las condiciones de vida de las personas durante la existencia terrenal de éstas.

Teología liberal y dialéctica

Éstas eran las ideas dominantes en la cultura de aquel entonces, cuando las Iglesias cristianas comenzaron a ocuparse de la reflexión teológica sobre el problema. Ésta también se articuló en tres fases y reflejó tres planteamientos: el de la teología liberal, el de la teología dialéctica y el del magisterio católico.

La primera respuesta fue la de la *teología liberal*, de actualidad en el siglo XIX y comienzos del XX, representada en este campo especialmente por Ernst Troeltsch y Adolph von Harnack. Vale la pena detenerse un poco para examinar las ideas de esta escuela, porque muchas de sus conclusiones, al menos en este campo particular, además de seguir siendo actuales y sostenibles, fueron las mismas a las que llegó el magisterio de la Iglesia partiendo de otra dirección.

Troeltsch impugna el punto de partida de la interpretación marxista, que sostiene que el factor religioso es siempre secundario, con respecto al económico. Estudiando la ética protestante y el nacimiento del capitalismo demuestra que, aunque el factor económico influya en el religioso, también es verdad que la religión influye en la economía. Se trata de esferas diferentes, pero no subordinadas.

Harnack, por su parte, observa que el Evangelio no ofrece una programa social directo para combatir y erradicar la pobreza, ni juicio alguno sobre la organización del trabajo y otros aspectos de la vida que hoy son tan importantes para nosotros , como el arte y la ciencia. Pero, añade ¡es una suerte que así sea! Lo hubiéramos lamentado si hubiese tratado de establecer reglas sobre las relaciones entre clases, las condiciones de trabajo y así sucesivamente.

Para ser concretos, estas reglas se hubieran vinculado lamentablemente a las condiciones de su tiempo (como sucede con muchas instituciones y preceptos morales del Antiguo Testamento), y al final se habrían convertido en anacrónicas, en realidad un “estorbo inútil” para el Evangelio. La historia, incluso la historia del cristianismo, demuestra lo peligroso que es vincularse a las estructuras sociales e instituciones políticas de un período determinado, y la dificultad de deshacerse de tales vínculos después.

> “Y sin embargo”, prosigue Harnack, “ninguna religión había trabajado nunca antes con un mensaje social tan enérgico y se había identificado tan fuertemente con él, como en el caso del Evangelio. ¿Cómo así? Porque las palabras “Amarás al prójimo como a ti mismo” fueron pronunciadas con profunda seriedad, porque con estas palabras Jesús arrojó una luz sobre todas las relaciones concretas de la vida, sobre el mundo del hambre, la pobreza y el sufrimiento. … Su objetivo es transformar el socialismo basado en los intereses en conflicto en el socialismo basado en la

> conciencia de la unidad espiritual.… El principio falaz del libre juego de las fuerzas, del principio de "vive y deja vivir" – hubiera sido más apropiado denominarlo "vive y deja morir" – se opone totalmente al Evangelio."[3].

Como hemos visto, la posición consagrada en el mensaje evangélico se opone a la reducción del Evangelio a una proclamación social o a la lucha de clases, y a la posición del liberalismo económico y del libre juego de las fuerzas de mercado.

¿Qué es lo que la *teología dialéctica* de Barth, Bultmann, Dibelius y otros, que sucedió a la teología liberal después de la primera Guerra Mundial, tenía en contra de la visión liberal? Principalmente, su punto de partida, la idea del reino de los cielos. Para los liberales, el reino era fundamentalmente ético por naturaleza, una ideal moral sublime basada en la hermandad de Dios y el valor infinito de cada alma; para los teólogos dialécticos era escatológico por naturaleza – una intervención soberana y gratuita de Dios, destinada no a cambiar el mundo, sino a denunciar sus estructuras actuales ("una crítica radical"), para anunciar su fin eminente (consiguiente "escatología"), con un llamado a la conversión ("el imperativo radical").

La actualidad del Evangelio consiste en el hecho de que "sus llamados no se hacen de manera general, a todos y en todo momento, sino a esta persona, y quizá sólo a esta persona, en este momento y quizá sólo en este momento; y el llamado no se basa en un principio ético, sino en la situación en que Dios ha colocado a esta persona, y quizá sólo a esta persona, y que requiere de ella una decisión aquí y ahora"[4]. La influencia del Evangelio en la sociedad se produce a través de la persona, no de la comunidad o la institución eclesial.

Desde esta perspectiva, ¿se puede seguir afirmando que el Evangelio tiene una importancia social? Sí, pero sólo como método, no como contenido. Déjenme explicarles. Esta visión reduce el significado social del Evangelio a un significado "formal", con exclusión de todo significado "real", esto es, en términos de contenido. En otras palabras, el Evangelio ofrece un método o los impulsos para una correcta actitud y acción cristiana en la esfera social, y nada más.

Y aquí está la debilidad de esta posición, porque atribuye sólo un significado formal a las explicaciones y las parábolas evangélicas (¿cómo puedo aceptar el llamado a tomar una decisión que me llega aquí y ahora?") y no, también, un significado real y ejemplar. Por ejemplo, en el caso de la parábola del hombre rico que festeja suntuosamente, ¿es justificado ignorar la indicación clara y concreta que ella contiene sobre el uso y abuso de la riqueza, la lujuria y el desdén por los pobres, y ver sólo el "imperativo del momento" que resuena en ella?

Esta solución resta importancia al mensaje de Cristo y se basa en la falsa premisa de que la palabra de Dios no contiene llamados especiales válidos para los ricos de hoy, como lo fueron para los ricos – y los pobres – de la época de Jesús. Como si las decisiones que Dios exige fueran vacías y abstractas – simplemente tomar una decisión – y no una decisión sobre algo.

---

[3] A. von Harnack, *Das Wesen des Christentums*, Leipzig 1900. (La esencial de cristianismo).
[4] M. Dibelius, *Das soziale Motiv im Neuen Testament, in Botschaft und Geschichte*, Tubingen 1953, págs. 178-203.

Todas las parábolas con un antecedente social se denominan “parábolas del reino” y en este sentido su contenido se reducen a un solo significado, el significado escatológico.

La Doctrina Social de la Iglesia

La doctrina social de la Iglesia, como siempre, prefiere la síntesis, mejor que la oposición, su método “et – et” (ambos-y) en lugar de “aut – aut” (ninguno-o). Mantiene la doble iluminación del Evangelio: escatológica y moral. En otras palabras: está de acuerdo en que la teología dialéctica sobre el Reino de Dios, predicado por Jesús, no es esencialmente de naturaleza ética, o sea que no es un ideal lo que arrastra su fuerza del validez universal y perfección de principios, sino que es una iniciativa de Dios, nueva y gratuita, que en Cristo se impone impetuosamente desde arriba.

Allí se separa de la visión dialéctica, en su manera de concebir la relación entre este Reino de Dios y el mundo. Los dos no son simplemente opuestos e irreconciliables, así como no hay oposición entre la obra de la creación y la de la redención, y – como veíamos en la primera meditación - tampoco hay posición entre *agape* y *eros*. Jesús compara el Reino de Dios a la levadura que se añade a la masa, para que fermente, una simiente que se echa en la tierra, o la sal que da sabor a los alimentos; Él dijo que no había venido para juzgar al mundo, sino para salvarlo. Eso nos permite ver de manera diferente la influencia del Evangelio en las cuestiones sociales, bajo una perspectiva mucho más positiva.

Sin embargo, a pesar de todas las diferencias en el planteamiento, emergen algunas conclusiones generales de toda la reflexión teológica, en relación al Evangelio y la esfera social. Podemos resumirlo de la manera siguiente. El Evangelio no ofrecer soluciones directas a problemas sociales. Sin embargo, contiene principios útiles en los que se pueden encuadrar respuestas concretas, a diferentes situaciones históricas. Como las situaciones y los problemas sociales cambia de una época a otra, el cristiano en cada ocasión es llamado a encarnar los principios evangélicos en la situación del momento.

Ésa es precisamente la contribución aportada por las encíclicas sociales de los Pontífices. Por ese motivo hay una sucesión en esas encíclicas, porque cada una aborda el tema en el punto que lo dejó la precedente (en el caso del Papa Benedicto, la encíclica “Populorum progressio” de Pablo VI), y actualizan el tema sobre la base de las nuevas necesidades que emergen en la sociedad (en este caso, el fenómeno de la globalización) y también las nuevas preguntas que se plantean constantemente, a la luz de la palabra de Dios. El título de la encíclica social de Benedicto XVI, “Caritas in veritate”, indica los principios bíblicos en los que, en este caso, él quiere basar su discurso sobre el significado social del Evangelio: la caridad y la verdad.

La diferencia está no sólo en lo que se dice y las soluciones propuestas, sino también en el género adoptado y la autoridad de la propuesta. Consiste, en otras palabras, en pasar de la libre discusión teológica a la doctrina magistral, y desde una intervención exclusivamente "personal" en los asuntos sociales (como propone la teología dialéctica) a una intervención comunitaria, como Iglesia, no simplemente como individuos.

La tarea de los agentes de Caritas

Y ahora se plantea la cuestión. En este contexto, ¿cuál es la tarea de los responsables de Caritas? Yo creo que no se deben limitar a poner en práctica la doctrina social de la Iglesia, no es sólo cuestión de dejar que los pobres oigan la voz de la Iglesia. También deben conseguir que ¡la voz de los pobres sea escuchada en el Iglesia!

Quizás el peor pecado que se comete contra los pobres sea la indiferencia, fingir que no se ven, "dar un rodeo". (cf. Lc 10, 31). Lo que Jesús criticaba al hombre rico que hacía suntuosos banquetes, no era tanto por el lujo y desenfrenado estilo de vida, sino más bien por su indiferencia al pobre hombre que estaba tirado en la puerta de su casa.

Tendemos a poner una especie de doble vidrio entre nosotros y los pobres. Lo que conseguimos con ese doble vidrio, tan utilizado hoy en día, es mantener fuera el frío y el ruido. Porque diluye todo, reduce y amortigua todos los sonidos. Y es igual con los pobres: los vemos en las pantallas de nuestra TV, las páginas de los periódicos o las revistas de las misiones, peros sus gritos son un eco lejano, que nunca nos llega al corazón. Nos protegemos de ellos. En los países ricos, incluso las mismas palabras "los pobres" provoca igual agitación y pánico que el grito ¡"los bárbaros!" despertaba entre los habitantes de la antigua Roma. Ellos construyeron murallas y enviaron ejércitos para vigilar su fronteras. Nosotros hacemos igual, de diferentes maneras, pero la historia nos dice que todo es inútil.

Por eso, lo primero que hay que hacer respecto a los pobres es cruzar el doble vidrio, para vencer nuestra indiferencia e insensibilidad. Es necesario que bajemos nuestra guardia y nos veamos abrumados por una sana ansiedad, ante la espantosa miseria que hay en el mundo. Como escribía el Papa Pablo VI en *Evangelica testificatio:* "La persistencia de la pobreza que aflige a las masas y los individuos es una impelente llamada a la conversión de las mentes y las actitudes". El grito de los pobres nos obliga a "despertar las conciencias ante el drama de la miseria y las demandas de justicia social que hace el Evangelio y la Iglesia"[5].

A modo de conclusión: Yo creo que una de las tareas prioritarias de los líderes de Caritas es recordarnos a todos esa llamada a la conversión, y ser implacables al atravesar la seguridad de nuestro "doble vidrio".

III. AMAR DESDE EL CORAZÓN

Y ahora pasemos a la segunda cualidad de la caridad cristiana, el amor sincero. La segunda parte de la Epístola a los Romanos es toda una sucesión de recomendaciones sobre el amor mutuo dentro de la comunidad cristiana: "Vuestra caridad sea sin fingimiento [...]; amándoos cordialmente los unos a los otros; estimando en más cada uno a los otros" (*Romanos* 12, 9-10). "Con nadie tengáis otra deuda que la del mutuo amor. Pues el que ama al prójimo ha cumplido la ley" (*Romanos* 13,8).

Con el fin de comprender la idea esencial, o mejor "sentir" esa caridad de Pablo, hay que empezar con las palabras iniciales: "Vuestra caridad sea sin fingimiento". No es sólo una de las muchas exhortaciones, sino la matriz de la que derivan todas las demás. Contiene el secreto de la caridad. Con la ayuda del Espíritu Santo, intentemos entender ese secreto.

[5] Pablo VI, *Evangelica testificatio* 17 s. (Enchiridion Vaticanum [EV], 4, p.649 s.).

El término original usado por San Pablo es '*anhypokritos'*, traducido por 'sin fingimiento', o sea sin hipocresía. Esta palabra es como una luz piloto especial; y de hecho es un término raro que encontramos en el Nuevo Testamento usado casi exclusivamente para describir el amor cristiano. La expresión "caridad sin fingimiento" (*anhypokritos*) la encontramos de nuevo en 2 *Corintios* 6,6 y el 1 *Pedro* 1,22. Este último texto nos permite comprender el significado del término en cuestión con plena certeza, porque lo explica con varias palabras; amaros sinceramente – dice – amaos intensamente unos a otros "con corazón puro".

Por consiguiente, con esa sencilla afirmación que "vuestra caridad sea sin fingimiento" San Pablo lleva la discusión a la misma raíz de la caridad, al corazón. Es un requisito del amor, ser verdadero, auténtico, no fingido. Igual que el vino que, para que sea "genuino", debe ser extraído de la uva, por eso el amor debe salir del corazón.

Podemos hablar de una intuición paulina respecto a la caridad: tras el universo visible y exterior de la caridad, construida con obras y palabras, él ha revelado otro universo, completamente interior que, en comparación con el primero, es como el alma para el cuerpo. Encontramos de nuevo esa intuición en el otro gran texto sobre la caridad, que es la primera Epístola a los *Corintios* 13. Cuando nos fijamos bien en lo que dice allí San Pablo, vemos que se refiere directamente a esa caridad interior, a la disposición y sentimiento de la caridad: la caridad es paciente, es amable, la caridad es envidiosa, no es jactanciosa, no se irrita, todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera... Allí no hay nada, específico ni directo, sobre hacer el bien, no hay obras de caridad, pero todo vuelve a la raíz del *querer* lo que es bueno. La benevolencia, querer lo que es bueno, está antes que hacer el bien.

El mismo Apóstol es explícito sobre la diferencia entre las dos esferas de la caridad, cuando dice que el mayor acto de caridad exterior – la distribución de los propios bienes a los pobres – sería completamente inútil sin la caridad interior (cf. 1 *Corintios* 13,3). Sería lo contrario de la caridad "sin fingimiento". Efectivamente, la caridad hipócrita es exactamente esa que hace el bien, pero sin querer el bien, que enseña algo externamente, pero no tiene una 'actitud' correspondiente en el corazón. En ese caso, hay una apariencia de caridad que podría ser incluso una máscara del egoísmo, del interés, que adquiere poder sobre la gente, o simplemente remordimiento de conciencia.

Sería un error fatal ver la caridad del corazón y la caridad en los hechos como opuesta una a la otra, o usar la caridad interior como una especie de coartada, ante la falta de caridad activa. Sabemos la importancia que atribuye el mismo San Pablo a las colectas para los pobres en Jerusalén (cf. 2 Cor 8-9). Por otra parte, decir que sin caridad "no me hace ningún a bien" incluso si le doy todo a los pobres, no significa que no se hace bien a nadie y es inútil. Más bien significa que no me hace bien "a mí", pero podría ayudar al pobre que lo recibe.

Por eso, no es cuestión de quitar importancia a las obras de caridad (veremos eso la próxima vez), sino asegurarnos de que las mismas tengan un fundamento sólido, contra el egoísmo y sus infinitos modos astuto. San Pablo quiere que los cristianos estén "arraigados y cimentados en el amor" (*Efesios* 3,17); en otra palabras, el amor deber ser la raíz y el fundamento de todo.

Respecto al amor que es sincero, o del corazón, como con el amor activo y práctico, me gustaría dedicar algunas ideas de especial interés a los responsables de Caritas. Yo creo en las

palabras del Apóstol: “Si cedo todos mis bienes para dar de comer a los pobres, pero no tengo amor, eso no me haría ningún bien a mí" y supone una urgencia particular para ustedes de Caritas. El trabajo de ustedes no deber ser reducido nunca al servicio social, a una mera distribución de recursos. Es mucho más que sólo un trabajo, una cuestión de burocracia o administración.

La primera 'caridad' que somos llamados a ofrecer es para con nuestro prójimo, incluso la distribución de alimentos y medicamentos, es para transmitirles el amor de Dios. Eso es imposible, si nosotros mismo no estamos llenos de amor, o al menos luchamos por crecer en él. La vocación fundamental de un agente de Caritas no es diferente a la de otro cristiano: ¡una vocación a la santidad!

En otras palabras, no podemos trabajar para Caritas sin una profunda vida de gracia y oración. San Pablo pone el ejercicio de la caridad – concretamente, la distribución de limosnas o hacer obras de misericordia – entre los carismas, junto a la profecía y la doctrina: “Si es el don de la profecía, ejerzámoslo en la medida de nuestra fe …el que da, con sencillez; el que ejerce la misericordia, con jovialidad (Rom 12, 8).

La persona de Jesús debe ser el último fundamento de la espiritualidad de los agentes de Caritas. En la encarnación de la Palabra, el “problema de los pobres” ha tomado una nueva dimensión en la historia; se ha convertido también en una cuestión cristológica. El mismo Jesús de Nazaret se identifica con ellos. Él es quien pronuncia las palabras: “Éste es mi cuerpo” sobre el pan, ha dicho las mismas palabras refiriéndose a los pobres. Él les habló cuando, refiriéndose a lo que la gente había hecho o no por los hambrientos, sedientos, prisionero, desnudos o forasteros, declara solemnemente “A mí me lo hicisteis" y también "conmigo dejasteis de hacerlo” (cf Mt 25, 31-46). Es lo mismo que decir: “Os acordáis de aquel harapiento que necesitaba un trozo de pan, aquel pobre que os tendía la mano – ¡era yo, era yo!”

Yo recuerdo la primera vez que toda la fuerza de esa verdad me 'explotó ' dentro. Estaba predicando en un país del tercer mundo y, ante cada nueva escena de miseria que veía – un niño con un vestido en andrajos y la cara llena de moscas; grupos de personas corriendo detrás de un carro de basura, esperando agarrar algo tirado en un montón de residuos; un cadáver cubierto de llagas– escuché una voz atronadora dentro de mí, que decía: “Éste es mi cuerpo. Éste es mi cuerpo”. Me dejó boquiabierto, sin poder respirar.

El pobre es Jesús, todavía vagabundeando por el mundo sin ser reconocido. Es un poco como cuando, después de la resurrección, Él se aparece en formas distintas – a María como un jardinero, como peregrino a los discípulos camino de Emaús, a los apóstoles en el lago, como alguien que camina por la orilla–, esperando que "sus ojos se abrieran”. En una ocasión, la primera persona que lo reconoce grita a los demás: “¡Es el Señor!” (Jn 21, 7). Ojalá pudiéramos nosotros también exclamar lo mismo alguna vez, sólo con ver a un pobre: “¡Es el Señor, es Jesús!".

“Simón, hijo de Juan, ¿me amas? ¡Da de comer a mis ovejas!”: ese enlace entre el amor a Jesús y ayudar a los demás es verdad en todo los que hace la Iglesia: se refiere al ministerio pastoral, pero también a las obras de caridad. Siempre ha sido así, para los gigantes de la caridad cristiana, desde los fundadores de órdenes religiosas, creadas para rescatar a los

esclavos en la Edad Media, a los modernos santos, como Joseph Cottolengo, Madre Teresa de Calcuta y el Padre Damián el Leproso. Sin embargo, para nosotros, amar a Jesús no deber ser un deber, ni una obligación, sino una necesidad. De eso depende no sólo la calidad de nuestro servicio a los pobres, sino las cualidades y el éxito de nuestra misma vida.

"A Dios nadie lo ha visto nunca pero, si nos amamos unos a otros, Dios mora en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a la perfección … Si alguno dice: 'Yo amo a Dios' y odia a su hermano, es un mentiroso, pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve" (1 Jn 4, 12-20). Estas palabras de Juan se citan algunas veces para señalar que, lo importante, lo único que se nos pide es que amemos a nuestro prójimo. La denominada "teología de la secularización" hace referencia a ellas en su intento de reducir el cristianismo a una "religión del segundo mandamiento".

Pero hemos de tener cuidado para no olvidar un eslabón esencial de la cadena. Antes que el hermano y la hermana que podemos ver, está Otro, que también vemos y tocamos: ¡es Dios hecho carne, es Jesús! Entre Dios y nuestro prójimo está ahora la Palabra hecha carne, que ha unido los dos extremos en una misma persona. Es verdad, Jesús tampoco es visible, pero Él existe; Él ha resucitado, está vivo, a nuestro lado, más auténtico de lo que somos los unos para los otros en esta sala. "¡Toca a Jesús, el que cree en Jesús!", como solía decir San Agustín.

Y aquí está el punto crucial: tenemos que pensar en Jesús no como a alguien del pasado, sino como el Señor, resucitado y vivo, con el que podemos hablar, a quien también puedo besar, si quiero, con la certeza de que mi beso no se queda en el papel de una tarjeta sagrada o la madera de un crucifijo, sino en la cara y labios de carne viva (aunque sea sólo en espíritu), y que mi beso hará feliz a alguien.

No todos los que aman a su prójimo aman a Jesús, pero todos los que aman a Jesús aman a su prójimo. Como se acerca la fiesta de Pentecostés, roguemos al Espíritu Santo, con las palabras de Veni *creator*: "Infunde amorem cordibus", derrama tu amor en nuestros corazones. El amor por Dios, por Jesús, la Iglesia, el amor por los pobres y por toda la humanidad.